

LA ENUMERACIÓN de los muertos de la guerrilla en La Macarena comenzó en mayo del año pasado, por si llegaba algún familiar a reclamar. Hace mes y medio, dolientes furtivos pusieron vasos de agua y flores artificiales en cuatro tumbas. Según la creencia, las ánimas vienen en las noches a calmar la sed.

RECORRIDO / LA TENSIÓN HA DOMINADO LAS RELACIONES ENTRE CAMPESINOS Y EJÉRCITO EN LA ANTIGUA CASA DE LAS FARC

El cementerio de la guerra en Meta

Las Farc se adentraron en la selva pero dejaron guerrilleros, que de civil, vigilan los caseríos. Varias de las fincas que habían comprado están hoy enmalezadas. Un secuestrado enterrado como insurgente hace parte de la historia del Plan Patriota entre Meta y Caquetá.

TEXTOS: MARISOL GÓMEZ GIRALDO

FOTOS: CLAUDIA RUBIO

Enviados especiales de EL TIEMPO

META Y CAQUETÁ

Nadie cruza inadvertido la alambrada que encierra a los muertos de La Macarena.

Ochenta y dos tumbas sin nombre y sin doliente, marcadas con el número que le tocó a cada muerto por el orden de llegada al cementerio desde mayo del año pasado, explican la inquietud de los militares que saltan al potrero enmalecido cuando alguien atraviesa el cerco. Y desnudan la guerra que esta población del Meta ha sufrido selva adentro.

Todas, según los registros, guardan "guerrilleros". Y por cavar esas tumbas que hieren el orgullo de las Farc, Jesús Hernández no pudo volver al campo.

Él, que arañaba tierra solo para sembrar, se hizo enterrador de guerrilleros cuando todos en La Macarena tuvieron miedo de ser los sepulcros de quienes, acabada la zona de distensión, en febrero del 2002, abandonaron con rabia el pueblo donde por tres años tuvieron los caminos despejados.

"La guerrilla entiende que hago un mal, pero yo entiendo que hago una obra de caridad porque uno no sabe qué clase de muerte tendrá". Esta reflexión mantiene a Don Jesús con la conciencia tranquila.

En realidad ha cavado tumbas para al menos 300 insurgentes, pero tuvo razón de que lo iban a matar el año pasado, cuando los combatientes de las Farc comenzaron a ser enumerados y dejaron de pasar de incógnitos en el cementerio.

Los 82 marcados aparecen como los que esa guerrilla no pudo recuperar en su pelea con los militares del Plan Patriota, que desde abril llegaron a territorios donde ella era la reina. Los enumeran "por si llega un familiar a reclamar".

'Muerto en combate'

El campesino convertido por el destino en sepulturero de guerra comprobó la importancia de esa enumeración hace tres meses y medio, cuando desenterró los restos de un joven ganadero secuestrado en el Huila que figuraba como el guerrillero número 50 en la fila india del cementerio.

Lo había sepultado tres meses atrás. Recuerda muy bien, que como al resto de los muertos, le puso a un lado el camuflado y las botas que le quitaron en medio de las diligencias judiciales. A los funcionarios que ordenaron la exhumación no les quedó duda de que las Farc están uniformando a los secuestrados.

Entre los 300 entierros solitarios que ha hecho Don Jesús, solo nueve han sido para mujeres.

Condenados al silencio

Lejos de los muertos, los insurgentes vivos, que por la presencia de militares ya no salen uniformados a los caseríos, le recuerdan a la gente que cualquier cosa le puede pasar al que hable más de la cuenta con el Ejército.

Los primeros se dejan ver en La Cristalina -de donde han salido los militares-, alertados por el bramido del viejo Toyota en el que llegaron y que rompe el silencio de un ardiente mediodía.

ESTOS militares de la Brigada Móvil 9, la más respetada por los campesinos por el buen trato con la gente, hacen una pausa para el almuerzo en La Machaca.

Cuando el motor del campero se apaga, apenas se oye el cincel de un obrero sobre la puerta de la única construcción de concreto.

Las escasas ocho personas que se ven en la calle, además de los insurgentes, actúan frente a los visitantes como quien no quiere verlos. Los guerrilleros, cuatro o cinco, aparentemente están desarmados. Unos miran desde la puerta de la cabina telefónica y otro vigila desde una esquina.

La sensación de haber llegado a un pueblo condenado al silencio termina por fin en un negocio que anuncia en una cartulina una pelea de gallos para el fin de semana.

El hombre robusto que lo atiende enumera las bebidas que tiene para ofrecer, y habla de lo dura que se ha vuelto la venta desde que los guerrilleros se adentraron en la selva.

La pelea de gallos, a la que están invitados otros caseríos, es la esperanza más próxima para el negocio, que se movía como ninguno cuando los militares no asediaban, no controlaban el ingreso de gasolina y cemento y la coca se vendía en el mercado abierto.

Lo único que todavía se mueve en La Cristalina, como en otros poblados de esta zona ganadera, es la venta de leche. Un lanchero recorre cada día el río Losada para recoger los 4.500 litros que salen de las 29 veredas del caserío para la multinacional Nestlé.

Los guerrilleros que vigilan y que intentan pasar como habitantes del lugar, se alteran cuando advierten la cámara fotográfica. Uno, que nunca se presenta como insurgente, exige que se la entreguen "porque nadie puede tomar fotos sin permiso". Finalmente aparenta ceder.

Dos muchachos jóvenes, que no tienen reparos para presentarse como guerrilleros, esperan el Toyota en el siguiente caserío, la Y, a una hora de camino. Quieren ver "la cámara de video" con la que "se estuvo filmando a todo el mundo" en La Cristalina.

Bajan la guardia y provechan la presencia de periodistas para vender la idea de que a las Farc nada les ha hecho el Plan Patriota. Los muertos de La Macarena, haberse tenido que correr al fondo de la selva, tener que andar vestidos de civil en los caseríos donde abundaban uniformados y haber perdido movilidad en territorios donde caminaban a sus anchas, no son, según ellos, grandes pérdidas.

"Los guerrilleros estamos listos para morir a cualquier hora, estamos acostumbrados a la selva y entrenados para la guerra. De hambre no nos morimos porque las provisiones nos siguen entrando por tierra, agua y aire", dice el que tiene condición de jefe.

'Vivimos una tragedia'

Distinto a los insurgentes, los campesinos se quejan de estar viviendo una tragedia desde que comenzó la persecución a las Farc en las zonas donde por años las vieron dormir tranquilas.

Las dos calles de La Tunia, cuentan los campesinos de este caserío donde aún no terminan de oxidarse los restos de vehículos abandonados por los guerrilleros, fueron un campo de batalla durante tres meses. "Los oídos vivían tiritados por los helicópteros y los roquetazos".

Nuestra llegada a este lugar, a 10 minutos de Caquetania, la planta de luz de una tienda, que solo prenden de una a dos horas para ahorrar la poca gasolina que les deja pasar el Ejército.

Desahogar es la única razón de los campesinos para mantener funcionando por más tiempo la planta de luz de una tienda, que solo prenden de una a dos horas para ahorrar la poca gasolina que les deja pasar el Ejército.

"El tal Plan Patriota -dicen- nos tiene doblegados a nosotros". El 7 de abril del año pasado se despertaron con el caserío lleno de Ejército y las Farc no dejaron de disparar desde los potreros.

"Todos los días, casi siempre al mediodía, comenzaban los bombazos. La gente corría a esconderse en los baños que son los únicos de material. En este -dice una matrona mostrando el de su casa- llegábamos a escondernos hasta 30. Los cilindros y los morteros pasaban por encima. Imagínese lo que hubiera podido pasar si alguno pega en el baño".

Varios roquetazos pegaron en la escuela. La Tunia tenía cuatro maestros para primaria y secundaria, pero ninguno aguantó la zozobra. Todos se fueron. Los niños del caserío y de las cuatro veredas se quedaron sin clases el año pasado. Una joven maestra pagada por el Vicariato de San Vicente del Caguán (Caquetá), que llegó hace apenas mes y medio, se encarga de 21 pequeños en un viejo salón marcado por las balas. Los pupitres de los otros 53 siguen vacíos.

Desconfianza que mata

Los estudiantes de La Tunia se fueron siguiendo a sus papás. Ellos salieron por miedo a que las Farc se llevaran a sus hijos para sustituir a los guerrilleros perdidos en medio de las batallas, y para no padecer la duda que los militares tienen sobre los campesinos, que por años solo tuvieron como autoridad a la guerrilla.

Para ella trabajaron muchos porque daba empleo "bien pago". "Daba 20 mil pesos al día pa' que le hicieran cercos o le limpiaran potreros". Varias de las fincas que compró cuando había despeje están hoy enmalezadas.

La sospecha sobre los campesinos es para ellos tan temible como las balas. "Un muchacho de La Tunia -cuentan- terminó agarrado a golpes con los militares por defender a su hermano cuando le hundían la cabeza en un caño para que confesara que era guerrillero".

"En la vereda el Triunfo -siguen relatando- tuvieron retenido cuatro días a un señor de 70 años que vende huevos. A Faibe Zamora (un muchacho) le echaron líquido de batería en la cara porque no decía dónde estaban las Farc". Un campesino, según las quejas, fue obligado a vestir un camuflado y a caminar adelante de la tropa nuevo días.

"La llegada de las brigadas móviles 2 y 3 fue muy dura. A todos nos daba miedo ir a bombear el agua o recoger las vacas. Las cosas comenzaron a cambiar cuando llegó la Brigada Móvil 9. El mayor nos pidió disculpas, habló con nosotros y la gente les fue perdiendo el miedo a los militares".

Ni botas, ni anticonceptivos

Las tropas son las encargadas de impedir que llegue al campo todo lo que está prohibido.

Por eso, mientras las Farc se ufanan de entrar lo que necesitan "por tierra, agua y aire", los campesinos tienen problemas para curar infecciones, para hacer un mercado que aguarde el mes y hasta para comprar pastillas anticonceptivas.

Ninguna farmacia puede comprar más de diez cajas al mes, y ningún campesino puede llevar más de un par de botas pantaneras.

Drogas para el paludismo y la leishmaniasis y antibióticos en inyecciones son prohibidos. El mercado más grande que se puede hacer es de 300 mil pesos, y eso si el número de hijos es grande. El Ejército tiene un censo para hacer los controles.

"Como uno vive de ilusiones piensa que todo esto puede cambiar. Hasta ahora a nosotros ni la guerrilla ni el Estado nos han servido pa' nada", dice un hombre de San Juan de Losada que ha pensado en irse del lugar, donde también hay escuelas sin alumnos.

Y es que en muchos caseríos de esta zona de campesinos agobiados, escuelas semivacias y muertos sin dolientes, los militares son la única prueba de la existencia de un Estado que creían muerto.

